

CARRETERA SECUNDARIA

Cuando salió del despacho estaba cansado. Habían sido unas jornadas agotadoras, de enorme tensión. Por ello, al sentarse en el automóvil y ponerlo en marcha, sintió alivio y cierta impaciencia por llegar.

El tráfico de la gran avenida, pese al agobiante calor de mediodía, era intenso. Riadas de vehículos, con lentitud desesperante, se deslizaban por el asfalto reblandecido. El aire olía a humo de los escapes y, al entrar por la ventanilla, quemaba como bocanadas de un horno. Recordó entonces que no había arreglado la refrigeración.

En unas de las múltiples paradas ante los semáforos, se desprendió de la chaqueta y de la corbata dispuesto, estoicamente, a sufrir las incomodidades del trayecto. Encendió un pitillo y se consoló pensando en el fin de semana, junto al mar. Presentía la húmeda caricia de la brisa y la relajante sensación de sumergirse en el agua fresca y clara de la playa.

Después de varios atascos, consiguió enfilarse la transversal a la Gran Avenida. Allí el rodar de los autos era más rápido. Con el aumento de la velocidad, paradójicamente, su impaciencia crecía. Por fin alcanzó la autovía del Este. Pero allí, desgraciadamente, la circulación estaba congestionada. Pesados vehículos entorpecían la marcha. Una caravana, como serpiente de mil colores, se extendía a lo largo de la inacabable autovía. El sol caía perpendicular y asfixiante.

El sudor empapaba la camisa y se deslizaba, en gruesas gotas, por la frente. Pensó entonces en la posibilidad de abandonar la autovía. A pocos kilómetros

existía una carretera, de segundo orden, que algunas veces había utilizado. La desviación haría mas largo el camino, pero se compensaba con la mayor velocidad que podía desarrollarse y la menor intensidad del tráfico. Maniobró, pues, procurando colocarse en situación de cambiar de sentido, una vez que llegara al cruce. Efectivamente, después de unos minutos, apareció la desviación. Pisó el freno de forma brusca y viró; a sus espaldas sintió el chirrido de un enorme camión que le seguía, a cuyo conductor, sin duda, sorprendió. Se oyeron algunos bocinazos. Nada más. La carretera estaba tranquila. Delante solo marchaban un par de vehículos. Detrás un pequeño furgón y una motocicleta. El ruido de la autovía, conforme se alejaba de ella, iba difuminándose. El calor, sin embargo, continuaba siendo agobiante. Ni un leve soplo de viento, ni una sombra. Pasada media hora los autos que le precedían se quedaron en un apartado restaurante. Ahora caminaba solo por la carretera, bajo el implacable fuego de un refulgente sol estival, cuya luz, reverberando sobre la calzada, hería con inusitada violencia sus cansados ojos. De vez en cuando se limpiaba con el pañuelo el sudor que inundaba todo su rostro.

Pese a todo estaba contento. Había conseguido escaparse de la pesadez de la autovía. Podía ahora correr a placer, sin temor alguno. La carretera era solo suya. Extrañamente recta, se perdía en el horizonte como una negra línea, partiendo en dos el paisaje, bárbaramente desolado y uniforme. A ambos lados se extendía una llanura desértica; su inacabable monotonía no era interrumpida por el mas leve montículo, por el más pequeño arbusto. Tierra plana, obsesivamente plana, y seca, desesperadamente seca. Se percibía, físicamente, la insaciable sed de aquel suelo agrietado y polvoriento. Ningún síntoma de vida aparecía visible.

Quizá por contagio se le hizo insoportable la sed que hacía rato sentía. Alcanzó una botella de agua mineral que llevaba en la guantera y bebió un trago, sin dejar de conducir. Estaba horriblemente caliente.

-Tengo que arreglar la refrigeración sin más demora-se dijo.

La monótona cadencia del motor, unida al agotamiento producido por dos días difíciles, le amodorraba peligrosamente. Para distraerse pulsó la radio y trató de encontrar alguna emisora, pero el aparato no emitió el más débil ruido.

-¡Que raro! -comentó-; ayer funcionaba.

Y encogiéndose de hombros desistió del empeño. Entonces, para mantenerse despierto, comenzó a repasar las últimas jornadas.

Sonrió al venir a su memoria la figura grácil y huraña de Doris. Había sido un guerra que él, astuta y cínicamente, había conseguido ganar. Su filosofía de la vida, una vez más, había demostrado eficacia. Todo tiene un precio; conseguir

algo es cuestión de tenacidad, tiempo y juego con las circunstancias, que son el factor variable; factor que, por otra parte, podemos manejar a nuestro gusto, creándolo unas veces, modificándolo otras. Estas circunstancias habían sido su obra maestra. La estupidez del marido de Doris, hábilmente movida por él, actuó de explosivo para derribar -simbólicamente, claro- las murallas con las que ella se defendía. . . ¡ Si es que Wall Street y su mundo financiero, eran una maravilla!. Una baja provocada en algunos valores fue suficiente para demoler el orgullo y la virtud. El terror de Doris a la pobreza bastó para que se hundieran todas sus defensas y se entregara sumisa y agradecida. Al recordarlo no podía evitar un estremecimiento y una sonrisa. La sensación de aquella piel suave y tersa, de aquellos labios húmedos, fríos y cálidos a un tiempo, no podría jamás olvidarla.

Este recuerdo le incitó a acelerar. En su finca de la playa estaría ella. Sería éste un fin de semana inolvidable, como premio a su lucidez y decisión.

El auto devoraba kilómetros de la interminable recta. El paisaje, no obstante, era idéntico: llanura amarilla y polvorienta, sin vegetación ni vestigios de vida.

Seguía recordando. Estaba también su otra gran jugada, la auténtica de genio en el difícil arte de los negocios. Ahora una amplia e irónica sonrisa extendía sus resecaos labios. ¡Si parecía increíble!. Nuevamente sus teorías fueron acertadas; su psicología de la gente, eficaz. La estrategia de mover intereses, como piezas de ajedrez, para alcanzar sus objetivos, no le había fallado nunca. Y es que el motor esencial que pone en marcha toda la actividad del hombre, el que le hace creador, es el egoísmo. El hombre quiere para si todo cuanto puede ser poseído. Su capacidad para acumular medios, sin límite, le distingue de los demás seres vivos. ¿Deriva este rasgo de los difíciles tiempos primitivos, que condicionaron así toda la posterior evolución de la especie? Tal vez. Pero lo importante es constatar el hecho y utilizarlo en beneficio propio. Sin remilgos, sin escrúpulos necios; como quien realiza una delicada y sutil reacción química, dosificando los distintos elementos. Científicamente, puede decirse. Unos centímetros cúbicos de la soterrada ambición de X; unas gotas del resentimiento de Y; todo ello agitado y mezclado con unos granitos del afán de notoriedad y avaricia de Z, producen el precipitado que nos permite alcanzar el fin propuesto. Irremediamente, fatalmente; con precisión matemática.

Algo así había ocurrido con el problema del grupo de empresas siderúrgicas. La contracción de la demanda, como consecuencia de varios años de estabilidad exterior y la saturación del mercado interno, obligaba a una costosa remodelación. El beneficio rápido y cuantitativamente insuperable, no estaba en invertir para efectuar una reconversión productiva, como quería algún Conseje-

ro, sino en crear una situación que propiciara el aumento de demanda de los programas en marcha. Sus eficaces agentes en Africa realizaron la operación. Unos cuantos millones para financiar a unos ilusos revolucionarios, que trataban de derrocar a un tiranuelo de menor cuantía, crearon la suficiente tensión internacional. La partida comenzaba. Movimiento de piezas en la prensa, para crear ambiente y caldearlo; juego de peones para producir temor a la pérdida de patrióticas hegemonías; y, por último, el jaque mate de la partida: la intervención en la zona conflictiva promovida por un alto jefe, deseoso de los laureles de una fácil victoria. Mientras tanto, las máquinas trepidando, a todo rendimiento, en la producción de elementos bélicos. Y una riada de enormes, incalculables, beneficios.

Estaba satisfecho. Con cierto narcisismo, se encontraba muy superior a cuantos le rodeaban. Sentían una íntima complacencia consigo mismo.

La verdad es que nunca hubo, para él, problemas imposibles. Apenas se presentaban los analizaba con frialdad, sopesaba las distintas posibilidades y alternativas y encontraba, siempre, la más eficaz y ventajosa solución. Claro que poseía una preciosa cualidad para ello: su carencia de condicionamientos de ningún tipo.

Muchas veces se había reído de los ingenuos escrúpulos de algún socio; escrúpulos que, por otra parte, desechaba de forma inmediata ante las perspectivas de un seguro negocio. Prueba evidente, sin duda, de que la moral es tan solo la justificación del débil, el miedo a la aventura, al riesgo. Alrededor de las acciones humanas se ha tejido una tupida red de principios vacuos, inventados por los que no se atreven a enfrentarse con la vida y arrancarle lo deseado. Son pobres gentes sin energía ni agresividad para domesticar al mundo, para someterlo; tímidos infelices que no se han dado cuenta que todo el tinglado vital está montado sobre la fuerza. Para consolarse crearon en su imaginación los dioses, los premios y castigos en un más allá inexistente. Y el invento, ciertamente, sirvió para algo positivo: los convirtió en maleables instrumentos de los ambiciosos y de los fuertes.

El calor se intensificaba por momentos. Después de la rápida rememoración de los últimos acontecimientos, se concentró nuevamente en la conducción. El cansancio le invadía. Su garganta estaba reseca. La larga carretera se extendía aún hasta el lejano horizonte, recta, como trazada con una regla.

Pisó, casi con rabia, el acelerador a fondo y rugió el motor, como queriendo estallar.

-Ya debo estar cerca, -comentó.

Durante unos minutos permaneció sin pensar en nada, sosteniendo levemente el volante. De repente se encontró incómodo, sin saber por qué. Era una sensación extraña. Trató de hallar una explicación, sin conseguirlo. Un recóndito desasosiego iba apoderándose de él por momentos.

-Estoy cansado - pensó.

De nuevo concentró su mirada en la negra cinta del asfalto que, como una maldición, se prolongaba en lontananza sin la más mínima curva, sin la más simple ondulación; ningún hotel, ningún edificio, ningún árbol, quebraban la monotonía infinita del paisaje.

De pronto halló la causa de la rara sensación que empezaba a acongojarle: la soledad. Sí, efectivamente, era eso, la inexplicable soledad de la carretera. Ningún vehículo, durante horas, se había cruzado con él; ninguno le seguía. Y aunque ésta era una carretera secundaria, no dejaba de ser extraño el hecho.

Trató de encontrar razones que justificaran aquella ausencia de vehículos y no halló ninguna convincente. Equivocarse, desde luego, no se había equivocado; y aun suponiendo que así hubiese ocurrido, ello no explicaba el fenómeno.

La incómoda sensación se fue transformando, muy a pesar suyo, en angustiada inquietud. Algo estaba ocurriendo que escapaba a toda lógica y se apartaba del clásico modelo de comportamiento de su mundo. No era concebible un trayecto, tan largo como el recorrido, sin la presencia de otros autos; no era imaginable, en la región más densamente poblada del país, tanta superficie abandonada, estéril, desértica.

Intentó poner en orden sus ideas. Recordó que aquella zona había estado considerada, de siempre, como la más feraz e industrializada del estado; fábricas y granjas se alternaban en sucesión interminable...

Se limpió el sudor con mano trémula. ¿Qué es lo que pasaba? Pensó en volverse pero desechó la idea por cierto pundonor: era reconocer que tenía miedo.

-Es el cansancio -murmuró para sí, con ánimo de tranquilizarse.

El cielo, luminoso, brillante, se ensombreció repentinamente, casi sin transición. La larga carretera se hundía ahora, como una flecha, en la oscuridad del horizonte. La tierra reseca, plana, polvorienta, se difuminaba en fantasmagóricas sombras. La soledad, si ello es posible, se acrecentaba, adquiriría densidad física, pesaba sobre el fatigado cuerpo.

Aguzó el oído queriendo percibir algún ruido que no fuera el del motor.

Nada. Solo oía, y esto le estremeció, por lo paradójico, el silencio.

Estaba francamente alarmado. Hubiera dado una fortuna por ver algún otro ser, el más humilde, el más estúpido; o por sentir una voz humana y cambiar unas frases hechas, un saludo. Pensó que sería hermoso apearse en cualquier bar de la carretera, tomar un refresco y sentir la cálida cercanía de unos semejantes. Jamás pudo imaginarse él, tan apartado y despreciativo para con los demás, que pudiera llegar a desear, con desesperación creciente, con aterradora angustia, la presencia de alguien; que llegara a ser tan importante la compañía. Era terrible sentirse solo, irremediablemente solo, definitivamente solo.

Ahora tenía la certeza de que algo anormal, extraordinario, fuera de toda ley conocida, estaba aconteciendo. Observó cómo pese a la velocidad con que corría el auto, el cuentakilómetros marcaba cero.

-Es una pesadilla, -musitó poco convencido.

Trató de parar y no pudo. El freno no respondía; el cambio de marchas, el embrague y el acelerador estaban como petrificados y era imposible moverlos. Cerró la llave de contacto y el motor seguía rugiendo.

Un pánico irracional le embargó por completo, paralizando todos sus miembros. Fue entonces cuando creyó oír chirriar de frenos, bocinazos, sirenas, ruidos de la autovía..... Un leve instante nada más. Luego, silencio. El auto corría vertiginosamente por la negra, larga y recta carretera, hacia un horizonte huidizo y sobre un erial alucinante, insólitamente solitario, lleno de sombras tenebrosas. Y tuvo el convencimiento, por primera vez, de que su destino era ya aquella eterna marcha sin final.

Agosto, 77

NOCHE DE BRUJAS

I

- Toño, el correo está al llegar. Vete a por la prima.

- Está bien, mamá.

El muchacho se levantó perezosamente. Tenía pocas ganas de bajar a la carretera.

-Anda, date prisa.

-Ya voy ¡valiente lata con esto de la prima!

-¡Que le vamos a hacer! Es la hija de mi hermano -comentó; pero luego, para sí, pensaba: Sí es una lata, como dice Toño. Tanto tiempo sin acordarse de mí y ahora, de pronto, que si quieres hacerme el favor de tenerla una temporada para que se recobre de una enfermedad. ¿Es que no hay sanatorios en Barcelona? ¡Claro, es mas barato que yo la cuide!. Faroles, ínfulas, sí, muchas: Estamos la mar de bien, ganamos mucho, es un atraso vivir en la aldea. ¡Leñe! ¿Para que recurrían al pueblo, entonces?... Es mas sano, hay aire puro y la chica necesita fortalecerse... ¿Y yo? A la puñeta, a fastidiarme, con el trabajo que tengo. La siega en marcha, pronto le vendimia y yo solita, porque este hijo mío es flojito, como su difunto padre, que en gloria esté... Y la niña será una pelandusca de capital, tísica, porque allí están todos tísicos, que no me digan.

Mientras así cavilaba iba fregando los platos y cucharas que habían servido para el almuerzo. Era una mujer recia, alta, curtida y de unos cincuenta años. Conservaba una cierta rústica belleza que, sin embargo, quedaba desdibu-